

A lo largo de estos treinta años los cursos de Licenciatura y de Doctorado han sido exponentes de dos significativos hechos: el rigor intelectual, la inigualable capacidad didáctica del profesor Laín Entralgo, y el desinterés —salvo honrosas excepciones— de unos alumnos que no han sabido reconocer casi nunca la privilegiada posibilidad de disfrutar su magisterio, y han considerado la disciplina como una «María» más, inútil para el mejor y más lucrativo provecho del ejercicio profesional. A lo cual, Laín Entralgo siempre ha dado una ejemplar y optimista respuesta: «El talante universitario se demuestra dando clase ante unos bancos vacíos». Si no vacíos, testigo soy de algunas clases de Doctorado en las que cuatro o cinco alumnos cumplían con el deber de conciencia de aprovechar el trámite administrativo de su matrícula en la disciplina.

Pero no todo ha sido así. De una parte, fruto de su enseñanza han sido una serie de libros espléndidos —*Estudios de Historia de la Medicina y Antropología Médica; Clásicos de la Medicina: Bichat, Claudio Bernard, Harvey, Laennec, Sydenham; La medicina hipocrática; Introducción al estudio de la patología psicosomática; La Historia Clínica. Historia y teoría del relato patográfico; Historia de la Medicina moderna y contemporánea; La curación por la palabra en la Antigüedad clásica; Grandes médicos; La medicina hipocrática; El médico y el enfermo; La medicina actual; Historia de la medicina; El diagnóstico médico. Historia y Teoría; Antropología médica para clínicos*— que jalonan su dedicación al cultivo de la historia de la medicina y aportan a la historiografía universal visiones inéditas de algunos problemas médicos y facetas nuevas de muchos protagonistas de esa historia. Por otro lado, la labor y el ejemplo, de consuno con el sin par magisterio, han florecido en la preocupación por la disciplina de un grupo de discípulos que en la actualidad la cultivan, enseñan e investigan a través de Cátedras, Departamentos e Institutos en la práctica totalidad de las Universidades españolas y en el CSIC. Son ellos, suele decir Laín, los que le permiten recibir cada día un poco de ayuda para el empeño de vivir con un mínimo de satisfacción.

Mas no quedaría completa la vida universitaria de Pedro Laín sin aludir a un episodio trascendente de la misma: su paso como Rector por Universidad de Madrid en 1951, inmediatamente después de ocupar Joaquín Ruiz Giménez el Ministerio de Educación Nacional.

Muy sinceramente se opuso Laín a aceptar el cargo. Finalmente venció en él el sentido de la amistad y dio su conformidad. Con ella, una nueva esperanza se abría: la posibilidad de ampliar y mantener el viejo proyecto de la convivencia y de la liberalización, en cuanto posible, de la cultura, incorporando ahora a la vida universitaria a los maestros que por avatares de la guerra o por cicatería de la postguerra habían sido postergados, eliminados u olvidados por el *alma mater*: así los profesores Casas y Duperier, así Ortega y Zubiri. Algo más, mucho más inició Laín durante sus cinco años de rectorado: muy sumariamente expuesto, desde la reconstrucción y renovación de la Junta de Gobierno, pasando por el robustecimiento de la vida universitaria —resurgimiento de la *Revista de la Universidad de Madrid*, actos en honor de los catedráticos jubilados (Menéndez Pidal, Casares Gil, Gómez Moreno, Gascón y Marín, Hernández Pacheco)— y la creación de diversas escuelas intra- o interfacultativas y seminarios varios —«Menéndez Pidal», «Ureña», «Adolfo González Posada»— hasta su decisiva contribución a la Ley de Especialidades Médicas y su intento de aproximar la Universidad a la sociedad español-



la, del que merece recordarse la «Asociación de Amigos de la Universidad de Madrid», la «Cátedra de Madrid», en colaboración con el Ayuntamiento de la capital, o la resurrección de la «Cátedra Huntington». Fruto intelectual y reflexivo del período serían sus *Reflexiones sobre la vida espiritual de España*, *Sobre la Universidad Hispánica*, *Un año de gestión rectoral*, *Reflexiones sobre la situación espiritual de la juventud universitaria*, *La Universidad en la vida española*.

¿Qué alejó a Laín de su empresa? La impotencia frente al creciente conjura de casi todo el «franquismo», opuesto al modesto intento de liberalizar la Universidad, la imposibilidad de lograr recursos económicos suficientes para su desarrollo, el fracaso de sus intentos de mejora de las relaciones CSIC-Universidad y, colmando todo ello, los sucesos estudiantiles, iniciados tempranamente el año 1954, con ocasión de la visita a Gibraltar de la reina Isabel II, y que culminarían en febrero de 1956 con los enfrentamientos que darían lugar a la gravísima situación provocada por la agresión que puso en peligro la vida del joven Miguel Alvarez. En aquel momento adoptó Laín dos resoluciones: renunciar al Rectorado de la Universidad de Madrid, separándose definitivamente de la vida oficial pública española, y separarse terminantemente de Falange Española Tradicionalista de las JONS, en la que, al menos con carácter oficial, todavía militaba desde su Consejo Nacional.

2. Laín Entralgo, intelectual. Evidentemente, no cabe separar esta faceta de la anterior, si no es con fines expositivos. Así, cabe resaltar ahora la consagración de Laín —al margen ya de la pura investigación histórico médica— al campo de la antropología general y de la médica más concretamente, y al ensayo. La antropología médica hace ver al médico que, a su través, puede poseerse y poseer lo que hace, con mayor seriedad. Pero esta antropología médica se fundamenta en la reflexión filosófica y científica acerca de lo que el hombre sea, esto es, en la antropología general. De ahí que, al hilo de este planteamiento, sea imposible separar en la obra intelectual de Pedro Laín uno y otro aspecto. Su meta, desde los años de Burgos en que surgió el proyecto, ha sido elaborar una teoría de la realidad humana que hiciese filosófica y científicamente inteligible su condición de ente enfermable y sanable. Así surgieron sus libros *La espera y la esperanza*, *La empresa de ser hombre*, *Teoría y realidad del otro*. Y sobre esta base, su específica aportación a la antropología médica: *La relación médico-enfermo*, *El estado de enfermedad*, los mismos *Diagnóstico médico* y *Antropología médica* ya citados.

No acaba aquí la producción intelectual de Pedro Laín. Dispersos en revistas y colaboraciones varias, cientos y cientos de artículos y de ensayos que día a día han ido plasmando su condición reflexiva y su preocupación por problemas dispares. Parte de esta obra queda recogida en libros como *Menéndez Pelayo*, *Las generaciones en la historia*, *La generación del Noventa y ocho*, *Vestigios*, *Palabras menores*, *Ejercicios de comprensión*, *La aventura de leer*, *Ocio y trabajo*, *Miguel Angel y el cuerpo humano*, *Entre el amor y la risa*, *Teatro y vida*.

Algo cabe destacar en relación con estos últimos libros: la doble dedicación de Laín al teatro; de una parte, con sus reflexiones semanales en *Gaceta Ilustrada*, «Teatro y vida», parte de las cuales vieron luego la luz con el penúltimo título citado; de otra, su cultivo de la creación teatral. Un teatro el suyo, no de tesis sino de iluminación ética